

Misión Compartida

Antonio Vidales C.M.F.
Bolivia

La Misión Compartida es un camino de muerte y de resurrección, porque exige acabar con un estilo de vida y de misión individualistas y elitistas para resucitar a un modo nuevo de vivir la comunión y la misión eclesial. «Esta forma de entender la misión supone un cambio de mentalidad que nos lleva a evitar actitudes unilaterales (autosuficiencia, autoritarismo, celos, imposición, dominación masculina, intereses institucionales) y a favorecer la colaboración de todos los carismas, la corresponsabilidad, la confianza, la fraternidad y el servicio humilde.

INTRODUCCIÓN

La Misión Compartida es un tema de creciente actualidad en la Iglesia y en la Vida Religiosa. Más que un tema nuevo o una moda, es un tema que se está recuperando del olvido, porque la misión de la Iglesia es por esencia compartida desde que existe el cristianismo, aunque en la práctica lo hayamos olvidado con demasiada frecuencia.

Lógicamente, al escribir sobre Misión Compartida hay que hacerlo desde una determinada ubicación eclesial. Yo lo voy a hacer desde la Vida Religiosa a la que yo pertenezco. Es un tema delicado que puede generar tensiones y sufrimientos sobre todo cuando algunos lo rechazan de entrada y otros lo quieren implantar precipitadamente sin pensar los inconvenientes que puede tener para los demás. Requiere en todos mucha comprensión, respeto al otro, tolerancia, paciencia y discernimiento comunitario.

1. ¿A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE MISIÓN COMPARTIDA?

Al hablar de la Misión Compartida, es necesario preguntarnos, ante todo, ¿de qué misión hablamos? Respondiendo a esta pregunta, vamos a distinguir cinco niveles o ámbitos en la misión que compartimos la única misión.

1.1 *La misión de Jesús*

Cuando hablamos de «Misión Compartida» desde nuestra condición de cristianos, nos referimos, en primer lugar, a la única misión: la misión de Cristo que consiste en anunciar y abrir caminos al Reino de Dios en el mundo. Se trata de una misión que precede a la Iglesia y que es su razón de ser (cf. EN 14). La Iglesia ha nacido de esta misión y existe para esta misión. De modo que, propiamente hablando, no es la Iglesia la que tiene una misión, sino la Misión la que tiene a su servicio a la Iglesia, a otras iglesias, religiones y grupos humanos solidarios y a cada una de sus instituciones y personas. Hablar en este contexto de Misión Compartida significa que todos tenemos en común y compartimos esa única misión, a la que cada uno coopera desde y con su propia identidad humana, social, religiosa y cristiana.

1.2 *La misión de la Iglesia*

La misión de la Iglesia es la misma de Jesús, pero la Iglesia católica no agota toda la misión de Jesús; hay otras instituciones y personas fuera de la Iglesia que también continúan esta misión. Dando eso por supuesto, vamos a hablar de la misión de Iglesia.

«El Resucitado nos confió una sola misión, una gran Misión, en la que hemos de participar todos los que creemos en Él a través de los siglos. Por lo tanto, que nadie hable

de «su» misión. Lo único de lo que está autorizado a hablar con verdad es de su forma peculiar de colaborar y servir a la única misión de la Iglesia»¹.

Esta misma y única misión la tiene en plenitud también cada Iglesia particular por el hecho de no ser una sucursal, una delegación o una parte incompleta de la Iglesia universal, sino la Iglesia entera de Jesús en un determinado lugar. También ahí, a este nivel, compartimos todos la misión eclesial: obispos, presbíteros, religiosos y seglares. La compartimos bajo la autoridad del obispo, pero por derecho propio. Cada uno coopera a la Iglesia local desde el lugar eclesial y desde el servicio en que el Espíritu con sus dones lo ha colocado.

1.3 Misión del propio Instituto

En un sentido mucho más restringido llamamos misión al modo que tiene un sector eclesial, un movimiento, un grupo o un instituto de vida consagrada de cooperar a la realización de la única misión de la Iglesia. Así, cuando hablamos de la «misión propia» de los seglares, de los religiosos o un instituto de vida consagrada, evidentemente no pensamos que tengan otra misión distinta de la única misión eclesial, pero sí tiene un modo especial de ubicarse en la misión de la Iglesia y de cooperar a su desarrollo en confor-

midad con su propio carisma. Compartir la misión a este nivel significa compartir el modo de cooperar a la misión eclesial.

La misión nos supera a todos. Nadie tiene el monopolio de ella. Por tanto, nadie se puede arrogar el poder de autorizar a otro «compartir la misión». Todos la comparten en clave y en plano de igualdad, pero desde funciones y carismas diferentes porque «hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión» (AA, 2)

1.4 Misión de una familia carismática

Ya desde el principio, muchos fundadores de institutos religiosos, en virtud del carisma de fundación que tenían, fundaron otras instituciones de religiosos, de seglares o de presbíteros, formando así una familia eclesial que tiene como punto de referencia al santo fundador y algunos rasgos carismáticos que les son comunes.

En este punto hay que estar en guardia con respecto a algunas expresiones que resultan inadecuadas, como el hablar de «familia religiosa» cuando en ella hay seglares. Esta expresión connota desigualdad, ya que lo que da nombre a la familia no es el carisma, sino la vida religiosa. Lo más correcto es hablar de «familia carismática» o de «familia eclesial».

1.5 Misión de una obra

Algunas veces la expresión «Misión Compartida» tiene un alcance más reducido: se refiere al hecho de cooperar en una misma obra religiosos, presbíteros y seglares, por ejemplo, en una parroquia o en un centro educativo. En el caso de un centro educativo, el punto de encuentro, de comunión y de cooperación es la obra concreta y su proyecto de evangelización. Lo que se comparte es la misión concreta del centro. Y la pueden compartir los religiosos, presbíteros y seglares que forman parte de una misma familia eclesial, cuyo carisma sea la educación, y otros educadores que, sin pertenecer a esa familia eclesial, comulgan con la utopía y el Ideario del centro. Sin embargo, no podemos decir que comparten la misión del centro quienes no comulguen con el ideal y con los valores humanos y evangélicos de su proyecto educativo.

En resumen, hay cinco niveles en la misión que estamos llamados a compartir:

- 1) El nivel supraeclesial, ecuménico y macroecuménico, es decir con todos los que cooperan a realizar la misión de Jesús y viven comprometidos en la extensión del Reino de Dios, aún sin aún sin utilizar expresiones religiosas como la de «Reino de Dios».
- 2) Con todos los miembros de la Iglesia católica, tomada tanto en su sentido universal como en el de iglesia particular.
- 3) Con los miembros de la propia congregación religiosa.
- 4) Con otras personas e instituciones con las que formamos una familia carismática.
- 5) Compartimos la misión de una determinada obra social o pastoral con quienes trabajan en ella y comulgan con su proyecto de misión.

2. LA MISIÓN ES, POR ESENCIA, COMPARTIDA

La Misión Compartida no es una moda en la que hay que enrolarse para no quedar desfasados; tampoco es una solución de emergencia a la que pueden recurrir libremente las congregaciones para salvar sus obras si es que no cuentan con suficientes recursos de personal propio.

Compartir o no compartir la misión no son dos alternativas para elegir una de ellas. El carácter compartido de la misión no es una opción, es una obligación desde siempre, desde que la misión existe, aunque lo hayamos olvidado con frecuencia. Ya Jesús envió a sus discípulos a evangelizar en Misión Compartida, «de dos en dos» (Lc 10,1).

2.1. La misión es compartida por exigencia de la consagración bautismal

La misión, en su naturaleza, es comunitaria y, por lo mismo, com-

partida. Cristo la ha confiado a todo el pueblo de Dios y es, por tanto, misión de toda la comunidad, no sólo de algunas personas dentro de ella. La larga etapa jerarcológica de la Iglesia, aún no superada del todo ni por todos, expropió la misión al pueblo de Dios y se la atribuyó en exclusiva a la jerarquía. El Concilio Vaticano II se la restituyó al pueblo e invitó a todos a participar en ella, cada uno según sus carismas.

En efecto, el Vaticano II en el capítulo de LG dedicado a los seglares dice que «los fieles cristianos, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde» (LG 31).

Como acabamos de oír en palabras del concilio la Misión Compartida tiene su fundamento en el bautismo que nos incorpora a la comunidad eclesial y nos hace partícipes de la misión de todo el Pueblo de Dios. El bautismo no sólo posibilita una libre opción por la Misión Compartida, sino que la hace obligatoria porque comporta la incorporación a la Iglesia como miembros activos, y el envío al mundo para anunciar la Buena Nueva del Reino. Según el Vatica-

no II, el bautismo nos introduce en el pueblo de Dios (LG 9: PO 5; AG 67; AA 3) y nos destina radicalmente, es decir, por su propia esencia, a la misión de todo el pueblo de Dios (LG 33; AA 3).

El sujeto de la misión es todo el Pueblo de Dios y, por tanto, son todos los bautizados los que la comparten (AG 5-7: LG 13,17), de tal forma que «toda la Iglesia peregrina es por su naturaleza misionera» (AG 2). Por lo tanto, nadie puede monopolizar la misión. Todos somos sujetos de ella, si bien cada uno desde su propio carisma y ministerio.

2.2. La misión es compartida por la condición carismática de la Iglesia.

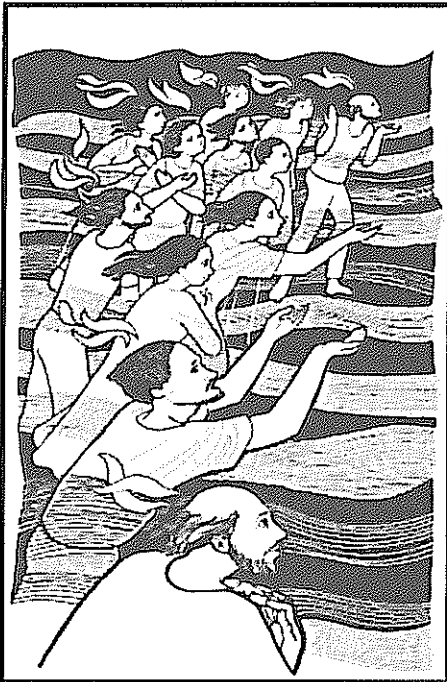
Los carismas no son reliquias del pasado que heredamos de los fundadores de nuestros Institutos; son la acción aquí y ahora del Espíritu en nosotros que impulsa y desarrolla virtualidades que ya nos dio en la consagración bautismal. Son «impulsos particulares» (Ch.L.24) del Espíritu con que él nos mueve a servir a los demás. «Que cada uno, con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás» (1Pe 4,10).

Los carismas tienen como finalidad re-presentar² a Cristo en su Iglesia y capacitarla para proseguir su

2 Re-presentar significa hacer presente hoy. No se trata de una representación teatral, sino de una presencia viva y personal aquí y ahora.

misión. El Vaticano II nos dice que los carismas son para la «edificación de la Iglesia». La Iglesia es el Cuerpo de Cristo y el sacramento que lo hace visible. Un gran eclesiólogo del siglo XX escribió: «La Iglesia tiene la única misión de hacer presente a Cristo a los hombres. Ella debe anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos. Todo lo demás no es más que sobreañadidura».³ Por eso, lo primero a destacar en los carismas es que son dones del Espíritu a la Iglesia para que esta pueda hacer presente hoy a Cristo y él pueda continuar realizando su misión a través de su Iglesia.

Conforme a su promesa, el Señor Resucitado sigue presente en su



Iglesia y está en el corazón de cada una de sus comunidades. Está presente y oculto. Los dones del Espíritu ayudan a la Iglesia a transparentarlo. Como la incidencia de un haz de luz sobre la oscuridad de una diapositiva hace visible todo lo que contiene, así también el Espíritu Santo con los rayos de luz de sus carismas hace visible a Cristo que está presente en la Iglesia y la capacita para continuar su misión: el servicio al Reino de Dios.

La persona y el misterio de Jesucristo, así como su misión, tienen multitud de dimensiones y aspectos diferentes y no hay ser humano ni grupo de personas que los puedan re-presentar todos. El Espíritu Santo con la diversidad de sus dones hace que cada persona o grupo pueda re-presentar de manera más viva alguno o algunos de los rasgos de Cristo y de su misión.

Todos estamos llamados a seguir a Cristo en todas las dimensiones de su vida y de su persona, pero cada uno está llamado a «exagerar» o resaltar de manera especial, alguno de los rasgos de su persona, de su vida y de su misión. Pongamos algunos ejemplos: Cristo es el Hijo de Dios que se encarnó, vivió en el silencio de Nazaret como trabajador manual, fue después enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, fue célibe por el Reino de

3 H. De Lubac. *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1996 p. 175.

Dios, vivió como misionero itinerante y también misionero orante, creó un grupo y estuvo a la cabeza del mismo, con parábolas se presentó a sí mismo como buen pastor, buen samaritano, encarnó al vivo la misericordia de Dios, defendió a la mujer, etc. Para que la Iglesia pueda transparentar todos estos rasgos del Cristo que está en su corazón, es necesario que cada persona o grupo encarne, viva y resalte especialmente alguno de estos aspectos. Y eso lo pueden hacer gracias a los dones del Espíritu Santo que los destinan y capacitan para representar ese rasgo del misterio de Cristo y de su misión.

Son varios textos del magisterio que avalan esta visión de los carismas. Recordemos, por ejemplo, lo que dice Juan Pablo II en VC: «Las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, «que resplandece sobre el rostro de la Iglesia» (LG 1)(VC 16b). «Estas diversas categorías son manifestaciones del único misterio de Cristo» (VC 31 d). Por los carismas el rostro de la Iglesia se convierte en transparencia del rostro de Cristo. «En este armonioso conjunto de dones, se confía a cada uno de los estados de vida fundamentales la misión de manifestar, en su propia categoría, una u otra de las dimensiones del único misterio de Cristo» (VC 32 a).

El hecho de que cada uno de los carismas sea parte de un todo, significa que hay que compartirlos con los demás, integrarlos para que entre todos podamos hacer

presente de manera más completa el misterio de Cristo y podamos también continuar de modo más integral su misión.

3. ¿CON QUIÉNES COMPAR- TIMOS LA MISIÓN?

De algún modo ya lo hemos indicado anteriormente, pero antes hablábamos de ámbitos en los que compartíamos la misión, es decir, dónde la compartimos: ahora vamos a hablar de personas, es decir, con quienes la compartimos, que, naturalmente son los sujetos que actúan en los diversos ámbitos antes mencionados.

Hemos de compartir la misión con seis grandes grupos de personas. Los voy a enumerar en orden inverso al que he enumerado los ámbitos en que compartimos la misión, porque creo que este es el orden en el que vamos creciendo en la Misión Compartida.

3.1 Con los hermanos de congregación.

Cuando los religiosos hablamos de Misión Compartida pensamos casi exclusivamente en compartir la misión con los de fuera de la comunidad religiosa. Pero hay que comenzar por casa y compartir la misión dentro de la propia Congregación, provincia y, sobre todo, comunidad local. Aunque cada comunidad y cada obra tengan su proyecto pastoral, a veces, no todos lo hacen suyo, y con frecuencia se dan actitudes de individualismo que lle-

van a constituir cotos cerrados en los que somos dueños y señores. Son como nuestra propiedad privada en el campo de misión con cartel incluido de «prohibida la entrada a toda persona ajena a la propiedad». Es claro que no comparan la misión las personas centradas en proyectos meramente individualistas buscados al margen de la congregación y que no aceptan ser enviadas por la comunidad.

La Misión Compartida ha de comenzar por casa. Y se comienza rompiendo las vallas de los cotos cerrados y haciendo nuestro, es decir de todos, hasta lo que la comunidad encomienda a un solo individuo. Igualmente, cada uno tiene que buscar y asumir su «misión propia» dentro del marco y en comunión con la misión de la Congregación y de la comunidad provincial y local.

3.2 Con los miembros de la propia familia carismática.

Compartir la misión con la familia carismática es un compromiso que se viene renovando desde hace

tiempo. Pero en la mayor parte de los casos no se dan avances significativos. Casi todo se queda en declaración de buenas intenciones. Hay familias carismáticas que tienen encuentros a nivel de cúpulas, entre los gobiernos generales de las diversas ramas, pero a nivel de bases, que es donde bulle la vida, es poco lo que se suele hacer.

3.3 Con los seglares⁴

El compartir la misión con los seglares es ya una vieja cantinela en la mayor parte de los Institutos de Vida Religiosa, que no acaba de concretarse en realizaciones significativas.

En los organismos mayores y en las posiciones pastorales no solemos admitir seglares a nivel de responsabilidades, sólo de trabajos. A veces faltan en nuestras obras organismos fundamentales de articulación y participación, como el consejo educativo o el parroquial, las comisiones específicas por áreas de pastoral y las asambleas generales. Con frecuencia los seglares relacionados con nuestras

4 Evito la denominación de «laicos», porque es un término equívoco, ya que puede referirse incluso a quienes profesan el laicismo y, por lo tanto, son enemigos de la religión. Y, además de equívoco, es un término confuso, porque cuando hablamos de laicos en el ámbito eclesial no sabemos si nos referimos a los laicos que forman parte de la vida consagrada (Hermanas y Hermanos de las congregaciones religiosas) o los fieles cristianos que no forman parte de ella. Podemos decir que hay dos clases de laicos: las religiosas y religiosos hermanos y los seglares. El Concilio Vaticano II utiliza el término «laicos» para referirse a los seglares, porque no hay ningún término latino que signifique seglares. Tanto los documentos conciliares, como los posconciliares los llaman laicos, pero los describen como seglares, es decir desde su plena inserción en las realidades del siglo o mundo (cf LG 31; Chl 55)

posiciones pastorales son meros ejecutores de órdenes, no comparan con nosotros responsabilidades en igualdad de condiciones. No intervienen en las decisiones ni comparten con nosotros la vida.

Aunque no quieran reconocerlo, algunos Institutos siguen integrando seculares en sus obras urgidos por sus carencias de personal propio. Hay todavía Institutos que siguen hablando de «hacer partícipes» a los seculares de su misión, inconscientes del modelo de Iglesia y del complejo de superioridad que este lenguaje refleja. Persiste en muchos una mentalidad clerical y elitista, más o menos sutil, que piensa, sin decirlo, que los religiosos y los sacerdotes tenemos la misión y concedemos a los seculares participar en ella. Pensamos que los seculares son meros colaboradores, pero no tienen ningún «derecho de propiedad» sobre la misión.

Es urgente colaborar todos en una mejor capacitación de los seculares sin la cual es inútil hablar de compartir la misión con ellos en condiciones de igualdad. La formación de los seculares con los que compartimos la misión es un trabajo absolutamente prioritario.

3.4 Con los miembros y dirigentes de la Iglesia particular

Casi todos los religiosos y religiosas desarrollamos nuestra misión dentro de una iglesia particular y frecuentemente en servicios que

pertenecen al tejido fundamental de la misma, como es el caso de las parroquias y de algunas escuelas. La comunión con el pueblo de Dios que conforma la Iglesia de Jesús en un determinado lugar, el compartir con los obispos, presbíteros, diáconos y líderes seculares, es una exigencia de la Misión Compartida.

La exhortación de Juan Pablo II VC resalta la importancia que tiene «la colaboración de las personas consagradas con los obispos para el desarrollo armonioso de la pastoral diocesana. Los carismas de la vida consagrada pueden contribuir poderosamente a la edificación de la caridad en la iglesia particular». «Una diócesis que quedara sin la vida consagrada, además de perder tantos dones espirituales... correría el riesgo de ver muy debilitado su espíritu misionero, característica de la mayoría de los Institutos» (VC 48). Y poco más adelante el mismo documento pontificio dice: «Las personas consagradas no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la Iglesia particular según las propias fuerzas y respetando el propio carisma» (49)

3.5 Con los miembros de otros institutos de vida consagrada.

El documento VC que acabamos de citar, dice: «El sentido eclesial de comunión alimenta y sustenta también la fraterna relación espiritual y la mutua colaboración entre los diversos institutos de vida



consagrada. Personas que están unidas entre sí por el compromiso común del seguimiento de Cristo y animadas por el mismo Espíritu, no pueden dejar de hacer visible, como ramas de una única Vid, la plenitud del Evangelio del amor» (VC 49)

La intercongregacionalidad se ha ido desarrollando gradualmente en los últimos años. Los religiosos mayores recordamos otros tiempos en los que, en lugar de la complementariedad y la solidaridad, lo que predominaba en las relaciones entre los diversos institutos de vida consagrada, era la competencia. Movidos por un cierto espíritu tribal, pretendíamos que nuestra tribu estuviera por encima de las demás del entorno.

Evidentemente ya hemos salido de las cavernas de ese espíritu de tribu, pero todavía nos queda mucho camino por andar en la intercon-

gregacionalidad. Los pasos más significativos se han dado en campo de los servicios formativos y en algunas acciones pastorales de gran envergadura que un solo instituto no podía emprender. No obstante, a veces compartimos algunas obras o servicios con otros religiosos y religiosas para suplir las propias carencias de personal y lo hacemos en una relación de superioridad, porque, en definitiva, la obra es «nuestra». El ideal es compartir desde la igualdad y por exigencias de la misión misma que nos pide unir fuerzas por la causa común del Reino, que nos supera a todos y a todos nos une.

La multitud de carismas que hay en la vida consagrada son, por su misma naturaleza, complementarios, son partes de un todo y cada uno de ellos queda muy mermando si no se une y articula con los demás. Por eso el compartir la misión con los miembros de otras instituciones de vida consagrada es una exigencia del sentido y del objetivo que el Espíritu Santo se propone al distribuir los carismas.

3.6 Con todas las personas de buena voluntad.

Hemos de compartir y vivir la misión en acciones conjuntas con personas de buena voluntad no creyentes, con los miembros de otras confesiones y religiones, dado que la misión de extender el Reino de Dios y sus valores de justicia, paz, solidaridad, etc. supera a la Iglesia. En efecto, la Iglesia

católica no tiene el monopolio de la misión. Misión Compartida significa, entonces, participar del movimiento de pueblos, grupos e instituciones hacia el Reino de Dios y colaborar con hombres y mujeres de buena voluntad – desde el propio don- en todo aquello que sea necesario para acelerar el movimiento o sostenerlo⁵.

4. ¿QUÉ COMPARTIMOS EN LA MISIÓN?

Hago esta pregunta con el objetivo de resaltar algunos elementos importantes de la misión que es fundamental compartir. Voy a resaltar en concreto los siete siguientes:

4.1. El sueño de Jesús

La Misión Compartida exige, ante todo, compartir la utopía del Reino, que fue el sueño de Jesús. Somos herederos de este sueño. No puede haber Misión Compartida si no soñamos juntos el sueño del Galileo. Hemos de compartir la esperanza y el entusiasmo por la causa de Jesús. Una esperanza y un entusiasmo que nos den capacidad para seguir luchando a pesar de las dificultades y las hostilidades, a pesar de ver que el Reino no crece en el mundo. En una palabra, hemos de compartir la mística de un grupo o comunidad que existe para el Reino, sin ceder a la tentación de dejar caer

los brazos ante la ineficacia de nuestros esfuerzos.

Y se comparte llevando a cabo con cierta frecuencia un «diálogo de vida» sobre este tema, que es el más decisivo en la Misión Compartida. Hablamos largamente de mil cosas, problemas y actividades, pero, a veces, no compartimos con los demás nuestros sentimientos con respecto a lo que significa realmente en nuestra vida Jesús y la causa por la que él dio la vida: el Reino.

4.2 Los impulsos o carismas del Espíritu

Compartir los diversos dones del Espíritu, articularlos entre sí, es un elemento esencial para la Misión Compartida. Un documento pontificio sobre los seglares dice: «Todos los estados de vida, ya sea en su totalidad como cada uno de ellos en relación con los otros, están al servicio del crecimiento de la Iglesia; son modalidades distintas que se unifican profundamente en el «misterio de comunión» de la Iglesia y que se coordinan dinámicamente en su única misión» (ChL 55 e).

Lo dice VC: «Las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, «que resplandece sobre el rostro de la Iglesia» (LG 1)(VC 16b). Como ya dijimos anteriormente, esto nos pide vi-

⁵ GARCIA PAREDES J.C.R., o.c. p. 125

vir el propio carisma con sentido de complementariedad con otros carismas, porque somos parte del mismo cuerpo y no se puede separar una parte si quiere vivir (cf. 1 Cor 12, 12-27)

4.3. La Palabra de Dios.

El hecho de escuchar juntos la Palabra de Dios y de compartir las resonancias que tiene en cada uno nos introduce en la familia de Jesús, ya que su madre y sus hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (cf Mc 3, 34-35). El tener algunos momentos para leer juntos la palabra de Dios hace de todos nosotros una comunidad para la misión. A veces organizamos reuniones de lectura popular o de lectura orante de la Biblia para «otros» y no las tenemos los que compartimos la misión

4.4. La formación

Es necesario compartir la formación con los demás agentes de evangelización con quienes compartimos la misión. Tienen especial importancia la formación continua y la formación o actualización en áreas especiales en las que trabajamos juntos, como educa-

ción, parroquias, justicia y paz, etc. El hecho de llegar a compartir, gracias a procesos y encuentros formativos hechos juntos, los mismos ideales, objetivos y criterios nos puede ayudar a crecer en la praxis de la Misión Compartida.

4.5. La vida

No se puede compartir la misión sin compartir la vida. El compartir la vida puede llegar, a veces, a compartir casa, recursos económicos, obras de evangelización con quienes no pertenecen a la Congregación ni a la propia comunidad religiosa. Es un asunto delicado que exige un serio discernimiento comunitario.⁶

Lo más importante no es compartir el techo. De sobra sabemos que, a veces, la casa religiosa no es para algunos más que una residencia, no un hogar. Compartir la vida significa, sobre todo tener unas relaciones interpersonales abiertas, sinceras, espontáneas y cordiales; significa valorar y querer al otro no por lo que hace, sino como persona; compartir la vida significa también abrir el corazón a los hermanos y compartir los sentimientos, las dificultades, los problemas personales y también los éxitos;

⁶ Escribía un religioso a su superior provincial: «No me convence ni me agrada el llevar vida de comunidad con un seglar o una seglar. Cada vez estoy más convencido, con el paso de los años y por experiencias que he tenido, de que lo propio y lo habitual de un religioso es vivir en comunidad con los religiosos de su congregación. A los seglares que vienen a trabajar con nosotros se les puede atender como es debido, pero no es necesario ni conveniente que vivan en comunidad con nosotros».

significa compartir la fe y los compromisos misioneros. Y esto nos falta, a veces, dentro de la comunidad religiosa, aunque todos vivamos bajo el mismo techo.

El compartir la vida con los de dentro y los de fuera de la comunidad exige, a la vez, cercanía a los otros y respeto a las diferencias y singularidades de los demás. La Misión Compartida, por su misma naturaleza, se desarrolla entre personas y grupos diferentes. Esto exige respeto a la diversidad y valoración del otro como otro. Sólo faltaba que un matrimonio o un seglar perdieran su identidad por compartir la vida con nosotros o que nosotros perdiéramos la identidad religiosa por compartir la vida con ellos. En lugar de lograr la comunión de dones se destruiría.

El hecho de compartir la vida tiene un gran valor testimonial. La comunidad atestigua la verdad del evangelio porque lo muestra hecho realidad. Una comunidad unida en la vida y en la acción es el primer hecho de misión, la primera y la más creíble palabra de evangelización.

4.6. Los compromisos y las actividades de evangelización.

La Misión Compartida implica compartir los proyectos y actividades. Esto supone mucho más que realizar tareas juntos. Exige elaborar en comunidad los proyectos con sus objetivos, políticas, acciones y responsables, y desarrollar

los y evaluarlos juntos, siempre en condiciones de igualdad y con sentido de comunión.

Los liderazgos fuertes y absorbentes hace imposible la Misión Compartida. Es necesario que haya coordinadores pero su función no es sustituir el diálogo y el discernimiento comunitario por decisiones, sino, al contrario, estimularlos. Los presbíteros y religiosos tenemos que estar particularmente atentos al daño que nuestro habitual liderazgo puede causar a la participación y a la corresponsabilidad que han de tener los seglares en la Misión Compartida. Por el respeto y la valoración que la gente tiene del sacerdote y del religioso da por supuesto que a ellos les corresponden la primera y la última palabra, anulando así la creatividad y la responsabilidad de los demás.

4.7. La dimensión contemplativa de la vida cristiana

La Misión Compartida exige compartir la dimensión contemplativa de la vida cristiana. Para compartir la oración no es necesario ni tampoco suele ser lo mejor admitir a los seglares a los momentos de oración de la comunidad religiosa, que generalmente tienen unos horarios incompatibles con la jornada laboral de los seglares y con sus obligaciones familiares. Para orar juntos hay que buscar momentos especiales, en la noche en el fin de semana o en vacaciones.

Estos ritmos de oración más espaciados y más intensos permiten vivirla con calma, con profundidad y en conexión con la vida. Hay que orar la vida y la praxis de misión, pero evitando reducir los tiempos de oración a mera puesta en común de las preocupaciones del grupo y de los problemas que quiere solucionar. En ellos hay que dar tiempo a las formas de oración más desinteresadas, como la contemplación, la adoración y la acción de gracias. Tampoco estos tiempos fuertes sustituyen los ritmos de oración personal y comunitaria de las religiosas y religiosos.

5. LA MISIÓN COMPARTIDA ES UN PROCESO PASUCUAL, DE MUERTE Y RESURRECCIÓN

La Misión Compartida es un camino de muerte y de resurrección, porque exige acabar con un estilo de vida y de misión individualistas y elitistas para resucitar a un modo nuevo de vivir la comunión y la misión eclesial. «Esta forma de entender la misión supone un cambio de mentalidad que nos lleva a evitar actitudes unilaterales (auto-suficiencia, autoritarismo, celos, imposición, dominación masculina, intereses institucionales) y a favorecer la colaboración de todos los carismas, la corresponsabilidad, la confianza, la fraternidad y el servicio humilde»⁷.

La situación de inferioridad que sufren los seglares en la Iglesia, causada por el complejo de superioridad de los otros estados de vida cristiana es un gran obstáculo para compartir la misión como se debe compartir, en condiciones de igualdad. Desde esta perspectiva, la Misión Compartida exige erradicar el clericalismo de los sacerdotes y el elitismo de los religiosos. Es necesario que clérigos y seglares abandonen de una vez la vieja idea de que el sacerdocio ministerial es primero y más importante que el sacerdocio de todo el pueblo cristiano para cuyo servicio nació y existe el sacerdocio ministerial

El elitismo o complejo de superioridad de la vida consagrada a veces se presenta incluso en documentos del magisterio ordinario que están marcados por la mentalidad de sus redactores. A eso suena el hecho de que en algunos documentos del magisterio ordinario se siga hablando de la «excelencia objetiva de la vida consagrada» (VC, 32 cf 18) olvidando lo que dicen otros documentos del magisterio.

Juan Pablo II en el mensaje final del sínodo sobre los seglares celebrado en 1987 dice: «Todos los cristianos, laicos, clérigos y religiosos, tienen una misma dignidad siendo un único pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Tal dignidad brota del

⁷ XXIII Capítulo General de los Claretianos, Para que tengan vida, nº 36

bautismo, gracias al cual la persona es incorporada a Cristo y a la comunidad eclesial y llamada a una vida de santidad».

Todas las vocaciones, seglar, religiosa y sacerdotal, son de igual dignidad. Todas son para la comunidad y están al servicio de la única misión eclesial. Todas ellas son imprescindibles en la Iglesia y se han de vivir con actitudes de comunión y complementariedad. La exhortación ChL recuerda al seglar, «como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que le distingue no significa una mayor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio» (ChL. 20e).

«La Misión Compartida suele suscitar, de entrada, un gran atractivo porque supone un aire fresco y una ampliación de horizontes. Pero no es fácil; los desafíos a los que tiene que enfrentarse son muy grandes. Compartir significa siempre morir a uno mismo. Y esto supone sufrimiento. Compartir la misión es el fruto de muchos egoísmos derrotados en el proceso, es un canto de victoria sobre el egocentrismo que nos repliega sobre nosotros mismos. El olvido de esta verdad nos conduce a frecuentes fracasos en la misión. Alimenta el espejismo de que «si yo lo hago bien solo, no merece la pena pa-

gar el precio de que salga peor simplemente por el hecho de hacerlo con otros»⁸. Con frecuencia vale la pena aceptar que salga peor porque así aprenden otros y, a la larga, todos juntos lo haremos mejor.

Pueden aparecer problemas en las relaciones mutuas, por el carácter difícil y por las actitudes de protagonismo, competencia y dominación de algunos. «Pueden surgir desavenencias, incomprensiones, enfrentamiento y críticas. Todo ello desalienta a algunos y sienten la tentación de abandonar el proceso. Cuando se dan esos problemas, se buscan culpables, se pierde la espontaneidad en el diálogo, se abusa de la ironía, empiezan a surgir las amenazas: «Si esto sigue así, yo lo dejo». Aquí es donde la larga experiencia de los institutos religiosos tendría que manifestarse en forma de paciencia, de apoyo y hasta de buen humor. Nada importante se logra de la noche a la mañana. Los proyectos se miden por la capacidad de ir afrontando y resolviendo los problemas que surgen»⁹.

La revisión de vida y la corrección fraterna –llámese evaluación, si se quiere– practicadas con sentido evangélico y como expresiones de amor al hermano, a la comunidad y a la misión, pueden ser una gran ayuda en este camino de la Misión Compartida.

8 G. Fernández en B. Fernández y F. Torres, *La Misión Compartida*, Madrid 2002 p. 205

9 Ib. p. 205-206

«La Misión Compartida sólo es posible cuando cada uno aprende a ser trigo enterrado para que los demás puedan crecer. Si yo me preocupo sólo de asegurar mi espacio como religioso o como ministro ordenado, probablemente no estaré dejando espacio para que mis hermanos y hermanas seculares puedan crecer. La cruz de la misión no consiste simplemente en aguantar con buen humor las dificultades de una vida compartida sino en algo mucho más profundo: en aprender a morir a nosotros mismos para que los demás puedan vivir, pueda crecer»¹⁰.

6. ES NECESARIO COMPARTIR LA OPCIÓN POR LA MISIÓN COMPARTIDA PARA QUE ESTA SEA POSIBLE.

La Misión Compartida en una obra concreta, no puede ser iniciativa de un sólo individuo o de un pequeño grupo, sino que ha de ser opción de la comunidad y de la provincia, que cuente con la aceptación y el apoyo de los más posibles, de modo que cuando se produzca el natural cambio de religiosos en esa obra, los que vengan detrás no comiencen a fojas cero, sino que continúen en la misma línea de Misión Compartida. También aquí tenemos que librarnos de la tentación de sentirnos dueños y señores de las obras y de pensar que podemos cambiar las cosas según nuestro gusto personal desechando a los que comparten la misión con nosotros, una misión y un servicio que son tan suyos como nuestros.

Se trata de un proceso lento que algunas comunidades no lo van a seguir y otras sólo hasta cierto punto. No hay que forzar las cosas. Si la Misión Compartida es obra de Dios —como lo esperamos— y obedece a los impulsos del Espíritu, irá creciendo poco a poco, como crece el Reino de Dios a cuyo servicio está la misión compartida.

7. LA MISIÓN COMPARTIDA, CAMINO DE RENOVACIÓN Y REFUNDACIÓN DE LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA

El proceso profundo y exigente que conlleva la Misión Compartida puede ir modificando el rostro tradicional de los institutos religiosos en una dirección que no es previsible. Bien entendida, la Misión Compartida puede ser para los institutos de vida religiosa un camino de refundación o, al menos, un aspecto importante de la nueva concepción del propio instituto y de su misión, así como de la comunidad local. Por este camino pueden surgir nuevas formas de vida comunitaria.

Quizás este proceso lleve a la vida religiosa a ser más del pueblo, menos clerical y más laical. Y eso es volver a los orígenes de la Vida Religiosa, que nació como un movimiento laical contra el aburguesamiento del clero.